



Rubén Sotoconil y Héctor Noguera, principales intérpretes de la película "Deja que los perros ladren".

Crítica de Cine

"DEJA QUE LOS PERROS LADREN"

Dir.: Naum Kramarenco. Ints.: Rubén Sotoconil, Raquel Luquer, Roberto Parada, Héctor Noguera, Rafael Frontaura. Cines: Plaza y Pacífico.

Decorosa es la calificación que parece corresponder a "Deja que los perros ladren". Una buena piedra de toque para medir el nivel conseguido por Kramarenco y sus colaboradores nos la da la siguiente operación mental. Imaginemos el film proyectado en la pantalla de un cine extranjero. ¿Qué papel haría? ¿Sería rechazado por el público? La respuesta dice que sería equiparada a muchas otras películas que forman el término medio de los programas abastecedores de todas las salas del mundo.

Esto, por supuesto, no señala sus méritos. Sólo indica que nos hallamos ante la posibilidad de un cine viable y normal. Para juzgar "Deja que los perros ladren" debe tenerse en cuenta el clima espiritual en que nace la cinta, las experiencias existentes, el material y el personal técnico disponibles, los factores todos —en suma— necesarios a su realización.

Por eso un espectador de buen sentido la calificó de decorosa. Sin pensar en demasía, tenía en cuenta esas razones. El decoro —no se olvide— es, tratándose de cosas o de acciones, el conjunto de cualidades que las hacen dignas de sus circunstancias. Medida con la medida de los buenos films extranjeros su inferioridad es manifiesta. Teniendo en cuenta esas circunstancias, nos encontramos con algo estimable que puede verse sin rubor y que será visto por el público con gusto y con interés.

Estamos lejos de querer encubrir con palabras y circunloquios los posibles efectos negativos. Tanto más si resulta que las imperfecciones son las normales, las que de un modo os-

tenible y permanente van señalándose en estas columnas con referencia a muchos de los films llegados de fuera. Se trata de males inherentes al género y no a impericia por ausencia de práctica, aun cuando mucho de ésta se pueda imputar a los realizadores.

La obra en su estructura es más teatral que cinematográfica. Reproduce, como se sabe, la pieza de Sergio Vodanovic, y aun si dicha particularidad condiciona en parte la naturaleza del film, se echa de menos en la versión del adaptador —Kramarenco— mayor poder inventivo y creador para transformar la rigidez del desarrollo escénico en dinamismo de pantalla. El exceso de diálogo y la estructura teatral son defectos adueñados hoy del cine universal. El director no ha sabido apartarse del lamentable vicio.

Pudo sacarse mayor partido a los exteriores para equilibrar el predominio de un escenario que propende a la monotonía. Las secuencias de la Universidad y la de la piscina no son afortunadas. La postre, no está mejor.

Todo esto es cosa de menor cuantía. Conviene recalcar lo que en la realización hay de sintoma favorable para un cine de programación permanente, para una industria robusta. Esos defectos deben superarse y se superarán siempre que el esfuerzo persista y no se quede como tantas otras veces en hechos aislados, sin continuidad.

Lo mejor está en la pulcritud y perfección de la técnica. Me refiero en especial a la fotografía, al aspecto mecánico, a la nitidez y tenuidad de las imágenes, al aprovechamiento del contraste luminoso. Si en las imágenes captadas por Ricardo Younis se hubiera puesto mayor audacia para lograr enfoques más libres y parciales ayudados por el encuadre fluido, se habría ganado mucho en el nivel total de méritos. En este sentido una de las escenas entre el padre y el hijo está logradísima y la cámara se mueve con gran soltura e imaginación. Lo incomprensible es la iluminación intermitente que llega del exterior a través de las persianas.

En la interpretación destaca, en primer lugar la actuación de Rubén Sotoconil. El estilo en general del equipo recuerda el origen de los actores. Venidos todos ellos del teatro y sin la experiencia cinematográfica, se adaptan muy bien a la naturaleza y al carácter de la historia filmada. La sobriedad y la mesura predominan. No hay gestos inútiles. El que más recuerda su trabajo en la pieza teatral misma es Héctor Noguera, sin embargo puede decirse que el joven actor posee condiciones muy favorables para ser aprovechadas en el cine. Rafael Frontaura, Roberto Parada (muy inclinado a lo "divo" escénico) y Raquel Luquer se desenvuelven con soltura. Las actuaciones en primer plano de Sotoconil están en lo mejor del film. Es toda una revelación.

Un punto bajo me parece la escenografía de Héctor del Campo. Pese a las alusiones a que la casa está desordenada, resalta en exceso el carácter artificial del cuadro hogareño. Los muebles, de gusto dudoso, tienen esa pulcritud de objetos recién salidos de la casa proveedora.